

Una tarde fue a la biblioteca a trabajar en su tesis sobre la trama nupcial, pero la atmósfera de fantasía erótica —el contacto visual en la sala de lectura, la atracción de las estanterías— hizo que deseara desesperadamente ver a Leonard. Y así, en contra de su voluntad, los pies la llevaron hacia el departamento de biología a través de la oscuridad del campus. Hasta el último momento, Madeleine albergó la insensata esperanza de que tal expresión de debilidad pudiera de hecho ser una muestra de fortaleza. Era una estrategia brillante porque carecía por completo de estrategia. No tenía nada que ver con ningún juego; era una cuestión de sinceridad. Al ver tal sinceridad, ¿cómo iba a dejar de responder Leonard? Madeleine casi se sentía feliz al llegar por detrás a la mesa del laboratorio y darle unos golpecitos en el hombro a Leonard; pero su felicidad duró tan sólo hasta que él se dio la vuelta con una expresión que no era de amor sino de fastidio.

No ayudaba el hecho de que fuera primavera. La gente parecía llevar cada día menos ropa. Los magnolios, que florecían en las zonas verdes, parecían inflamados. Exhalaban un perfume que entraba por las ventanas de Semiótica 211. Los magnolios no habían leído a Roland Barthes. Y no pensaban que el amor fuera un estado mental; los magnolios insistían en que era natural, y perenne.

Un día de mayo cálido y hermoso, Madeleine se duchó, se depiló las piernas con más esmero de lo habitual y se puso el primer vestido de primavera: corto y airoso, verde manzana, con cuello babero y dobladillo ancho. Y se calzó unos Buster Brown de color óxido y crema, sin calcetines. Las piernas desnudas, tonificadas por un invierno de partidos de squash, tenían un tono pálido pero una textura suave. No se quitó las gafas, se dejó el pelo suelto y se dirigió al estudio de Leonard en Planet Street. De camino se paró en un mercado para comprar un buen trozo de queso, unas galletitas Stoned Wheat Thins y una botella de Valpolicella. Al bajar por la colina que iba de Benefit hacia South Main, sintió la brisa cálida entre los muslos. La puerta principal del edificio de Leonard se mantenía abierta por un ladrillo colocado al pie del hueco, así que subió a su estudio y llamó. Leonard abrió la puerta. Parecía haber estado echando una cabezada.

—Boniiiiito vestido —dijo.

Nunca fueron al parque. El picnic lo hicieron allí mismo, con sus propios cuerpos. Mientras Leonard la empujaba hacia el colchón, Madeleine dejó caer el paquete, con la esperanza de que la botella de vino no se rompiera. Se pasó el vestido por encima de la cabeza, y pronto estuvieron desnudos, dando cuenta —eso les pareció— de una enorme cesta de cosas ricas. Madeleine yació boca abajo, de lado, boca arriba, mordisqueando todas aquellas cosas buenas, los dulces de fruta de olor exquisito, los carnosos muslos de pollo, al tiempo que disfrutaba de otras delicias más refinadas, el bizcocho anisado, las trufas arrugadas, las cucharadas saladas de tapenade. No había estado tan ocupada en su vida. Al mismo tiempo, se sentía extrañamente desplazada, no con todo su habitual ego pulcro y ordenado sino fundida con Leonard en un gran ente protoplasmático, extático.

Había estado enamorada antes. *Sabía* que había practicado el sexo antes. Pero todos aquellos tórridos magreos adolescentes, todos aquellos juguetes torpes en el asiento trasero del coche, aquellas noches de verano performativas y llenas de sentido con su novio de secundaria Jim McManus, e incluso los tiernos ratos con Billy en los que éste insistía en que se miraran a los ojos mientras se corrían..., nada de todo aquello la había preparado para el brutal embate, para el placer devorador de aquel encuentro amoroso.

Leonard la estaba besando. Cuando ya no pudo soportarlo más, agarró con violencia a Leonard por las orejas. Tiró de ellas para apartarle la cabeza y la mantuvo allí quieta, para mostrarle la prueba de cómo se sentía (ahora estaba llorando). Con una voz ronca en la que había una arista de algo más, una sensación de peligro, Madeleine dijo:

—Te quiero.

Leonard se quedó mirándola fijamente. Sus cejas dieron como un respingo. De pronto, rodó hacia un lado, fuera del colchón. Se puso en pie y caminó desnudo por el cuarto. Se agachó, metió la mano en el bolso de Madeleine y sacó *El discurso amoroso* del compartimento donde ella siempre lo llevaba. Pasó las páginas hasta que encontró la que buscaba. Luego volvió a la cama y le tendió el libro a Madeleine.

Te amo

je t'aime / te amo

Al leer estas palabras, Madeleine sintió que la embargaba la felicidad. Levantó la mirada hacia Leonard y sonrió. Él le hizo un gesto con el dedo para que siguiera leyendo. *La figura no remite a la declaración de amor, a la confesión, sino a la manifestación repetida del grito de amor.* La felicidad de Madeleine menguó súbitamente, y se vio suplantada por la sensación de peligro. Deseaba no estar desnuda. Encogió los hombros y se tapó con la sábana mientras continuaba leyendo, obediente.

Una vez que se ha hecho la primera declaración, «te amo» ya no tiene el menor sentido...

Leonard, en cuclillas, exhibía una sonrisa satisfecha.

Fue entonces cuando Madeleine le tiró el libro a la cabeza.

Jeffrey Eugenides - *La trama nupcial*